

PHILLIP MARGOLIN



LA OTRA BELLA DURMIENTE

«Un libro imprescindible
para los aficionados al suspense»

Bookpage

PHILLIP MARGOLIN

La otra bella durmiente

Traducción de Eduardo Iriarte Godi

Ediciones B

Título Original: Sleeping Beauty
Traductor: Iriarte Godi, Eduardo
Autor: Margolin, Phillip
©2004, Ediciones B
ISBN: 9788466615693
Generado con: QualityEbook v0.86
Generado por: Silicon, 28/05/2018
Phillip Margolin
La otra bella durmiente

TÍTULO original: Sleeping Beauty
Traducción: Eduardo Iriarte Godi
1ª edición: septiembre 2004
© 2004 by Phillip M. Margolin
©Ediciones B, SA... 2004 Bailón, 84 — 08009 Barcelona
(España) www.edicionesb.com Printed in Spain
ISBN: 84-666-1569-5
Depòsito legal: CO. 979-2004
Impreso por GRAFI CROMO
Polígono industrial Las Quemadas (Córdoba)

A Joseph y Eleonore Margolin.
No podrían desear mejores padres.

GIRA DE PROMOCIÓN

En la actualidad

EL EMPLEADO que buscaba Claire Rolvag se encontraba junto a la taquilla con las llaves de los invitados que aparcaban en el garaje del hotel. Enfiló el largo sendero circular de entrada, sorteó un taxi y aparcó su flamante Lexus delante de él.

—¿Carlos? —preguntó al verle aproximarse a la ventanilla.

—Yo mismo.

—Soy Claire. Sustituyo a Barbara Bridger, sólo por esta noche.

—Ya me dijo en qué coche vendría —comentó Carlos al tiempo que le abría la portezuela. Claire cogió el libro que había en el asiento del acompañante y se apeó—. Lo tendrá ahí —añadió señalando una zona al final del sendero de entrada.

Claire le dio las gracias y le entregó un billete doblado que él se guardó con disimulo. El aparcacoches llevaba el vehículo hacia la zona indicada cuando el portero dio a

Claire la bienvenida al Newbury, uno de los mejores hoteles de Seattle.

Había una feria en la ciudad y el Newbury estaba lleno a rebotar de gente risueña y charlatana. Claire se abrió paso hacia el centro del vestíbulo. Escudriñó el gentío y comprobó que él no estaba allí. Una campanilla indicó la llegada de un ascensor. Consultó el reloj con gesto de ansiedad y luego se centró en el grupo de asistentes a la feria que salían en tropel. Por un instante Claire no alcanzó a verle, pero de pronto Miles van Meter estaba delante de la zona de ascensores. En la sobrecubierta de La bella durmiente habían realzado el cabello rubio y los ojos azules para disimular las canas, y era un poco más bajo de lo que había imaginado, pero resultaba igual de atractivo en persona que por televisión.

El abogado metido a escritor andaba por los cuarenta y tantos, medía uno setenta y cinco, era ancho de hombros y se le veía en forma. Llevaba un traje gris a rayas confeccionado a medida, una camisa blanca de cuello Oxford y una elegante corbata de Armani. A cualquiera que se dedicara a acompañar a escritores en gira de promoción le habría sorprendido la elegancia de aquel atuendo. Por regla general, en tales ocasiones los autores llevaban chaquetas de sport —si es que las llevaban—, y los que se ponían corbata constituían, desde luego, una minoría. Se va ligero de equipaje y se opta por la comodidad cuando uno tiene que pasar semanas de presentaciones, levantándose antes del amanecer día tras día para coger otro vuelo a otra ciudad desconocida. Sin embargo, Miles van Meter, abogado en un importante bufete, estaba acostumbrado a viajar en primera clase y vestir ropa cara.

Van Meter no tuvo el menor problema para reconocer a Claire porque llevaba un ejemplar de su best-séller, una novela policiaca basada en hechos reales. Supuso que la atractiva morena tendría unos treinta y cinco años y sería charlatana y eficiente, igual que la mayoría de las acompañantes que, a lo largo de las seis semanas que duraba la fastidiosa gira de promoción, le servían de guía en las ciu-

dades, a menudo desconocidas, donde peroraba cada tarde.

Miles alzó las manos para suplicarle perdón en un gesto afectado.

—Lo lamento, ya sé que llego tarde, pero el vuelo de Cleveland ha salido con retraso.

—No se preocupe —le tranquilizó Claire—. Yo acabo de llegar, y la librería está a veinte minutos de aquí.

Miles empezó a decir algo pero se interrumpió y la miró con mayor detenimiento.

—La última vez que vine no fue usted quien me acompañó, ¿verdad?

—Creo que se refiere a Barbara Bridger. Es la propietaria del negocio. Yo he venido en su lugar. Su hijo ha cogido la gripe y Dave, su marido, está en viaje de negocios.

—Sí, ya me ha parecido que era otra persona. ¿Se dedica a esto?

—Lo cierto es que es la primera vez —respondió Claire mientras salían del vestíbulo camino de su coche—. Barb y yo somos buenas amigas y le aseguré que le echaría una mano si alguna vez se veía en un aprieto. Así que... —Se encogió de hombros.

Carlos los vio acercarse y se apresuró a abrir la puerta del vehículo a Miles. Ya estaba familiarizado con el asunto. Ella era una empleada y Miles van Meter, la estrella.

Aún no habían dado las siete de la tarde cuando Claire se sumó al tráfico. Estaba lloviendo, así que puso en marcha los limpiaparabrisas.

—La última vez no fue a Asesinato por Diversión, ¿verdad?

—No. Me parece que hablé en una de las grandes cadenas de librerías, Barnes and Noble o tal vez Borders, no estoy seguro. En cuanto pasan unos días, todas me parecen iguales.

—Seguro que ésta le gusta. Es pequeña, pero Jill Lane, la propietaria, siempre se asegura de que asista mucha gente.

—Estupendo —dijo Miles, pero Claire se dio cuenta de que su entusiasmo era fingido. Sabía que Miles van Meter lleva-

ba tres semanas y media de gira, con la falta de sueño y el mal humor consiguientes.

—¿Está bien la habitación?

—Me alojo en una suite con vistas, aunque me temo que no podré sacarle mucho partido. Mañana tengo que tomar un vuelo a Boston a las siete menos cuarto de la mañana. Luego iré a Des Moines, Omaha y después ya ni me acuerdo.

Claire rió.

—Lo lleva bastante bien. Barbara dice que después de tres semanas de gira, sus autores ni siquiera se acuerdan de dónde estuvieron el día anterior. —Eché un vistazo al reloj de pulsera—. En el asiento de atrás hay una neverita con refrescos y agua, si le apetece algo.

—No, gracias.

—¿Ha comido?

—En el avión.

Miles cerró los ojos y apoyó la nuca en el reposacabezas. Claire decidió guardar silencio para que se relajara durante el resto de\ trayecto.

Asesinato por Diversión era una librería especializada en novelas de misterio ubicada en un centro comercial a las afueras de \a ciudad. Claire aparcó en la parte de atrás, junto a la entrada de servicio. Había llamado por el móvil unos minutos antes y Jill Lane abrió la puerta trasera al primer toque. Jill era una mujer corpulenta y simpática de pelo entrecano. Llevaba un vestido de campesina y lucía un collar indio de plata y turquesas con pendientes a juego. Siempre le habían apasionado las novelas de misterio y, tras su éxito como agente inmobiliaria, no dejó escapar la oportunidad de adquirir aquella librería cuando su anterior propietario se mudó a Arizona por razones de salud.

—No sabe lo mucho que le agradezco que haya venido, señor Van Meter —dijo Jill al tiempo que los hacía pasar—. Seguro que se sentirá encantado: no cabe ni un alfiler. Todas las sillas están ocupadas y hay gente de pie en los pasillos.

Miles no pudo por menos que sonreír.

—Es todo un halago.

—Ah, el libro es estupendo. Y la apelación de Maxfield ha vuelto a poner el caso de actualidad. ¿Sabe que han reeditado las dos novelas de Maxfield? Vuelven a estar en las listas de best-séllers.

Van Meter adoptó una expresión más sobria.

—Lo siento —se disculpó Lane—. Qué falta de tacto por mi parte.

—No, no pasa nada. —Miles sacudió la cabeza—. Lo que ocurre es que cuando oigo el nombre de Maxfield no puedo evitar acordarme de Casey.

Entraron en una estancia que era mezcla de despacho y almacén. En una pared había una mesa llena a rebosar de papeles y facturas, y en la otra se apilaban cajas de cartón con novedades. Se veían rimeros de libros por todas partes. En el centro de la habitación había otra mesa con varios ejemplares de La bella durmiente. Lane los señaló.

—¿Sería tan amable de firmarlos antes de irse? Nos lo han pedido varias personas que no podían venir esta noche y clientes que nos hacen encargos a través de Internet.

—Encantado.

Jill miró por una rendija de la puerta del despacho el breve pasillo que desembocaba en la librería propiamente dicha. Miles y Oaire oyeron rumor de conversaciones.

—¿Necesita algo? —preguntó la librera—. He puesto una botella de agua en el estrado y hay un micrófono. Me parece que tendrá que utilizarlo.

—Manos a la obra —dijo Miles con una sonrisa.

Jill abrió camino por el pasillo. Asesinato por Diversión era un local oscuro, lleno de polvo y abarrotado de estanterías hasta el techo separadas por estrechos pasillos. Las estanterías tenían rótulos como «Novedades», «Novela negra», «Basado en hechos reales» y otras categorías del género, todos escritos a mano, lo que daba un ambiente hogareño, fiel reflejo de la personalidad de Jill Lane. En un rincón se alzaba un estrado delante del que habían dispuesto varias

hileras de sillas. Todas estaban ocupadas por clientes, una buena parte de ellos con ejemplares de bolsillo o en tapa dura de *La bella durmiente* para que el autor los firmara.

La entrada de Jill fue recibida con un estallido de aplausos. Se llegó hasta el estrado seguida por Miles mientras Claire rodeaba el gentío para ubicarse junto a una rancia estantería dedicada a novelas de misterio ambientadas en parajes exóticos.

—Gracias por venir en una noche tan lúgubre y tormentosa —dijo Jill, y se oyeron algunas risitas—. Creo que el esfuerzo habrá merecido la pena. Esta noche tenemos la suerte de contar con la presencia de Miles van Meter, autor de *La bella durmiente*, una de las novelas de misterio basadas en hechos reales más apasionantes que he leído en mi vida.

»El señor Van Meter nació en Portland, Oregón, y es hijo del difunto Henry van Meter, miembro de una ilustre familia maderera. Henry se hizo cargo del negocio familiar cuando murió su padre, pero se interesaba por muchas otras cosas, entre ellas la educación. Fundó la Academia de Oregón, un instituto privado de elite donde tuvieron lugar muchos de los atroces acontecimientos que se relatan en *La bella durmiente*. Miles y su hermana melliza, Casey van Meter, asistieron a la Academia. Al acabar la secundaria, Miles estudió derecho en Stanford, donde también había estudiado su padre. Aún ejerce como abogado empresarial en Portland.

»Como muchos de ustedes sabrán, *La bella durmiente* se publicó por primera vez hace varios años. Esta nueva edición incluye nuevos capítulos que narran los asombrosos acontecimientos que se produjeron tras la publicación inicial del libro. Esta noche el señor Van Meter va a leer unas páginas y luego tendrá la cortesía de responder a sus preguntas. Les ruego que reciban con un fuerte aplauso a Miles van Meter.

La ovación fue inmediata y sincera. Jill se hizo a un lado y Miles ocupó su lugar en el estrado. Tomó un sorbo de agua y ordenó sus notas mientras esperaba a que se apagaran los aplausos.

—Gracias por esta cálida bienvenida. Fueron gestos de cariño como éste los que me ayudaron a seguir adelante durante los pésimos años que atravesé tras la atroz agresión de Maxfield contra mi querida hermana Casey. Como pueden suponer, no me resulta fácil hablar de lo que le ocurrió a Casey. A decir verdad, escribir este libro no fue fácil. Pero si puse en marcha este proyecto fue porque estaba convencido de que debía hacerlo para mantener vivo su recuerdo. Y también porque quería que estos terribles acontecimientos siguieran siendo noticia para que las autoridades (la policía, el FBI) se vieran obligadas a dar caza a Maxfield y llevarlo ante los tribunales, y no sólo por los terribles crímenes que cometió contra mi familia y la de Ashley Spencer, sino por todas aquellas personas cuyas vidas destrozó con sus atroces asesinatos y torturas.

»Así que publiqué *La bella durmiente* y recorrí el país, y no es ningún secreto que cuando empecé estaba deprimido, porque las perspectivas no eran nada halagüeñas para Casey, y Joshua Maxfield seguía en paradero desconocido. Sin embargo, allí donde iba, gente como ustedes me decía lo cercana que había sentido a Casey gracias a mi libro. Ustedes me dijeron que rezaban por ella y eso me dio moral en los momentos de mayor desánimo, y por eso quiero darles las gracias.

El público prorrumpió en aplausos. Miles bajó la mirada hacia el estrado para reponerse. Tras unos momentos, los aplausos cesaron y Miles cogió un ejemplar de su libro con una faja dorada con letras en relieve que ponían EDICIÓN ESPECIAL.

—Voy a leer el primer capítulo de *La bella durmiente*. Tras la lectura responderé a sus preguntas y firmaré encantado sus ejemplares.

Miles abrió el libro, tomó un sorbo de agua y luego empezó a leer.

¿Por qué los asesinos en serie nos dan más miedo que otros criminales? A mi modo de ver, porque no alcanzamos a entender por qué matan y torturan a gente indefensa a la que, racionalmente, no pueden guardar ninguna clase de

rencor. Vemos una relación de causa y efecto cuando una banda elimina a un gánster rival— Nos sentimos a salvo cuando sabemos que un asesino no tiene ninguna razón para hacernos daño. Por el contrario, nos sentimos vulnerables cuando alguien como Jochua Maxfield sigue en libertad, porque ninguna persona racional puede imaginar siquiera qué le indujo a llevar a cabo aquellas atrocidades en casa de los Spencer una fría noche de marzo, cuando Ashley Spencer no llevaba más que diecisiete años en este mundo.

Aquella fatídica noche, Ashley era una alumna de tercer curso en el instituto Eisenhower de Portland, Oregón. Se trataba de una chica guapa y alegre, de ojos azul intenso y pelo rubio y liso, a menudo recogido en una coleta. Tenía un aspecto robusto y saludable porque llevaba años entrenando para ser una futbolista de primera. Los entrenamientos habían merecido la pena. Durante el primer trimestre había sido la figura de su equipo en el instituto, que había quedado campeón de invierno en la liga estatal. Tras la temporada escolar, Ashley jugaba en un club deportivo de elite. Ese mismo día, el West Hills F. C. había ganado un disputado encuentro con un rival duro de pelar y el entrenador invitó a pizza a todo el equipo.

¿Dónde vio Joshua Maxfield a Ashley por primera vez? ¿Fue en la pizzería? ¿Acechaba entre los espectadores en el partido de fútbol? La policía ha revisado grabaciones caseiras del encuentro y la comida y no hay el menor rastro de Maxfield. Tal vez se encontraron por casualidad en la calle o en un centro comercial. Al fin y al cabo, las circunstancias del encuentro no son tan importantes como las terribles consecuencias de esa coincidencia para la familia Spencer y la mía propia.

En torno a las dos de la mañana, Maxfield entró en casa de los Spencer por una puerta corredera ubicada en la parte de atrás y subió las escaleras hasta la primera planta. Norman Spencer dormía solo en el dormitorio principal porque Terri Spencer, la madre de Ashley, que trabajaba de periodista en un periódico de Portland, estaba cubriendo una

noticia en el este de Oregón. Norman tenía treinta y siete años cuando murió. Llevaba varios años de profesor en un instituto y se había ganado el aprecio de todos los que le conocían.

Maxfield lo atacó y lo apuñaló repetidamente mientras dormía. Luego cruzó el descansillo de la segunda planta. Tanya a Jones, una estudiante afroamericana que había obtenido una mención de honor estatal por sus excelentes calificaciones, se había quedado a pasar la noche en casa de Ashley. Tanya era compañera de equipo de Ashley y también su mejor amiga. Ambas habían marcado goles ese día y la madre de Tanya le había dado permiso para dormir allí. La puerta de Ashley chirrió levemente al abrirse. Cabe suponer que ese ruido despertó a Tanya. Cuando Ashley abrió los ojos, vio a su amiga incorporada en la cama y la silueta de un hombre en el umbral. Entonces Tanya se arqueó y cayó al suelo de costado. Ashley no tenía la menor idea de qué le ocurría a su amiga hasta que se levantó de un salto, pero Maxfield la dejó aturdida con una descarga eléctrica.

Maxfield se abalanzó sobre Ashley de inmediato. Antes de darse cuenta, ésta se hallaba atada de pies y manos y el individuo llevaba a Tanya a rastras hasta el dormitorio de invitados. Ashley forcejeó para librarse de las ataduras pero no lo logró. Se oyeron gritos de dolor en la habitación de invitados. Aquello dejó paralizada a Ashley.

El informe de la autopsia de Tanya Jones explica con detalle el sufrimiento que tuvo que soportar a manos de Maxfield. A Ashley le dio la impresión de que el tormento de Tanya era interminable, pero probablemente no sufrió más de quince minutos. El forense llegó a la conclusión de que Tanya había sido golpeada y medio estrangulada y luego violada y acuchillada repetidas veces. Muchas de las heridas le fueron infligidas con saña cuando ya estaba muerta. Ashley yacía en la cama, a la espera de que le llegara el turno de morir. Entonces se cerró la puerta del dormitorio de invitados y Maxfield, vestido de negro con pasamontañas y guantes, apareció en el umbral de su cuarto. Estaba convencida de que iba a asesinarla y violarla. Sin embargo,

tras contemplarla unos segundos, susurró: «Nos vemos luego», y se fue a la planta baja. Unos momentos después, Ashley oyó abrirse la puerta de la nevera.

Debemos suponer que Joshua Maxfield perdonó la vida temporalmente a Ashley porque estaba agotado y hambriento después de violar y asesinar a Tanya Jones. Eso explicaría que hiciera un alto en sus espantosas ocupaciones para ir a la cocina, donde tomó un vaso de leche y un trozo de tarta de chocolate. Ese tentempié daría con Maxfield en la cárcel a la espera de ser ejecutado, y lo que se escribió al respecto provocaría otra tragedia.

PRIMERA PARTE

TENTEMPIÉ A MEDIANOCHE

Seis años antes

1

LA INFANCIA de Ashley Spencer tocó a su fin la noche que murió su padre; el momento justo antes de dormirse fue la última vez que experimentó alegría pura. Ashley y su mejor amiga, Tanya Jones, seguían eufóricas tras su victoria por dos a uno contra el Oswego F. C., sólida potencia futbolística de su estado. Las dos chicas habían marcado y el triunfo les ofrecía la oportunidad de ser preseleccionadas para la Copa Estatal. Se habían ido a la cama después de ver un vídeo y luego habían charlado con la luz apagada hasta poco después de la una. Cuando Tanya se durmió, Ashley cerró los ojos y recordó su tanto, un disparo de cabeza que dejó descolocada a la portera del Oswego. Sonreía cuando concilio el sueño.

Ashley no tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaba dormida cuando la despertó un súbito movimiento en el lado de la cama que ocupaba Tanya. Su amiga estaba incorporada y miraba fijamente la puerta abierta. A Ashley, tan soñolienta que ni siquiera tenía plena seguridad de estar despierta, le pareció ver que alguien se dirigía hacia Tanya.

Estaba a punto de decir algo cuando su amiga profirió un gruñido, se contrajo y cayó al suelo. En el momento en que Ashley se levantaba de un salto el individuo se volvió y extendió el brazo igual que un duelista. Ashley recibió una descarga eléctrica que le provocó un espasmo en todos sus músculos. Cayó de costado sobre la cama, confusa e incapaz de controlar su propio cuerpo. Recibió un puñetazo en la mandíbula y quedó al borde de la inconsciencia.

La cabeza de Tanya asomó al otro lado de la cama. El intruso se abalanzó sobre ella. Ashley le vio mover puños y piernas. Tanya volvió a caer al suelo y Ashley la perdió de vista. Entre las manos del hombre apareció un rollo de cinta adhesiva del que arrancó unas tiras para luego arrodillarse junto a Tanya. Instantes después, rodeó la cama. Un pasamontañas negro le cubría el rostro y llevaba guantes y ropa oscura.

Una mano se cerró en torno al cuello de Ashley con la fuerza de un torno y otra le arrancó la chaqueta del pijama. Ella hizo un leve intento de oponer resistencia pero era incapaz de controlar sus propios músculos. Una mano enguantada le sobó el pecho hasta que empezó a gritar. El hombre la golpeó con saña antes de amordazarla con una tira de cinta adhesiva. Luego la puso boca abajo y le ató muñecas y tobillos. Su cara estaba tan cerca que a ella le llegó su aliento y su olor corporal.

Una vez atada, el individuo metió la mano por debajo del pijama y le acarició las nalgas. Ashley se arqueó y recibió un golpe por ofrecer resistencia. Intentó mantener las piernas cerradas pero cejó cuando él le cogió la oreja y se la retorció. Notó que le introducía un dedo con el que empezó a indagar y friccionar. Ashley se estremeció pero de pronto concluyeron los abusos sexuales y desapareció el peso opresivo. Ashley volvió la cabeza y vio que el hombre arrastraba a Tanya a la habitación de invitados, contigua a la suya.

Ashley aguzó el oído. Crujieron los muelles del somier. Su amiga también estaba amordazada con cinta adhesiva pero, aun así, sus gritos sofocados eran audibles. El miedo

que atenazó a Ashley era distinto de cualquier otro que hubiera conocido, como si se hubiera cernido sobre ella una niebla densa y gris que le impedía respirar y le paralizaba las extremidades.

Se oyeron más gemidos y gritos de Tanya, pero el agresor actuaba en silencio. A Ashley le latía el corazón con furia y no conseguía respirar bien por la nariz. Intentó no pensar en lo que le estaba ocurriendo a su mejor amiga y se concentró en zafarse de las ataduras. Le resultó imposible. Se preguntó si su padre estaría muerto, y la mera idea de que así fuera le insufló nuevas energías. Si Norman estaba muerto no podía contar con que nadie la rescatara. Tendría que valerse por sí misma.

En la habitación contigua, el hombre profirió un rugido visceral de satisfacción y Ashley sintió un escalofrío. Había acabado de violar a Tanya; a continuación iría por ella. Por unos instantes, los

únicos sonidos audibles fueron los gimoteos sofocados de su amiga. Luego Ashley oyó un gruñido animal y el suspiro de un filo al penetrar en la carne. Tanya emitió un grito ahogado que dio paso al silencio. El acuchillamiento continuó, pero Ashley estaba segura de que su amiga ya había muerto.

La puerta de la habitación de invitados se cerró de golpe y el intruso surgió de la oscuridad como un espectro. El pasamontañas sólo dejaba a la vista los ojos y los labios. A Ashley se le cortó la respiración. El hombre paladeó su terror. Después dijo en un susurro: «Nos vemos luego», y se fue escaleras abajo.

Una oleada de alivio hizo que Ashley se desplomara, pero la sensación fue efímera. «Nos vemos luego» significaba que volvería para matarla. Hizo el esfuerzo de incorporarse y escudriñó la habitación en busca de algo para cortar las ataduras. En la planta baja se abrió la puerta de la nevera. Aquello la aterrorizó. ¿Cómo podía comer después de lo que había hecho? La puerta de la nevera se cerró y la desesperación de Ashley se agudizó. Si no conseguía escapar, iban a violarla y asesinarla.